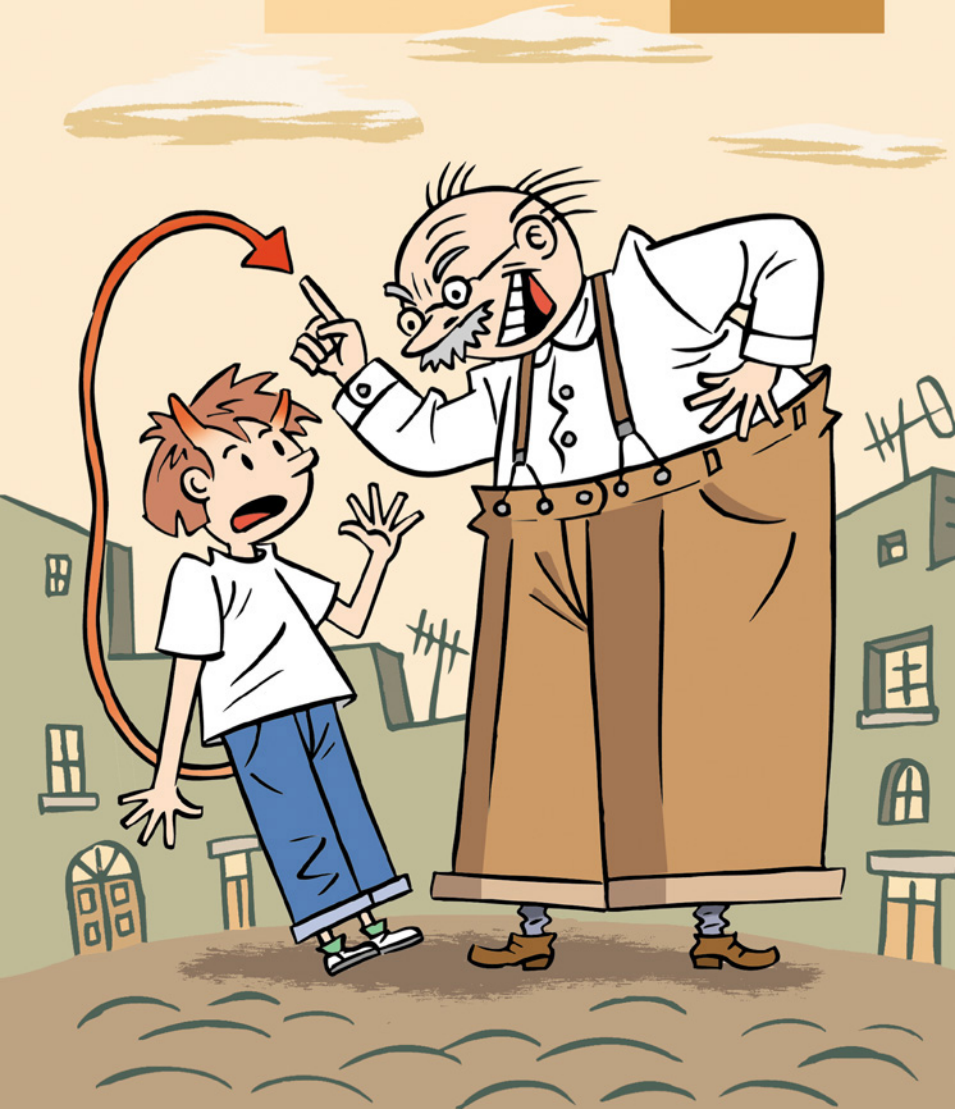


Algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

¡Tienes el diablo en el cuerpo!

Seve
Calleja
Dibujos de
Marie
Nigot



1

El día del eclipse

—¡Tienes el diablo en el cuerpo! —me dijo enfadado mi abuelo.

Luego se agachó a acariciarse el pie porque se lo había atropellado sin querer con la aspiradora.

Yo estaba limpiando la alfombra del pasillo y él salía del baño, así que fue un accidente.

—¡Demonio de crío! —seguía quejándose mientras caminaba cojeando hacia la sala de estar.

—¿Te pongo la televisión para ver el eclipse, abuelo?

—¡Tú sí que estás eclipse! —protestó al principio. Luego aceptó—: Anda, pónmela un momento y apaga ese trasto.

Eran casi las doce del mediodía de aquel 11 de agosto y estábamos de vacaciones. A esas horas ya tenía hecha mi cama, ya había dado de desayunar a mi abuelo y le había subido el periódico. Sólo me faltaba recoger la cocina, terminar de pasar la aspiradora y bajar al supermercado por el pan. Y, como mi madre estaba trabajando, era él quien se ocupaba de cuidarme.

Mi abuelo era tan sabio como viejo. Lo sabía casi todo porque se pasaba el día oyendo la radio, leyendo el periódico y viendo la televisión. Además, era capaz de hacer las tres cosas a un tiempo. Pero era también un cascarrabias. Siempre estaba protestando. Y era

un mandamás, pero yo tenía que obedecerle en todo.

—¡Deja de hacer ruido con ese trasto y ven a ver el eclipse, Ramón! —me gritó.

—No me gustan los eclipses, abuelo. Son muy aburridos.

—Que vengas aquí te digo —refunfuñó—. Éste es el último del milenio. Y no veremos otro igual hasta el siglo que viene.

Yo hice como que no le oía y seguí pasando la aspiradora. La casa se iba quedando en penumbra como si fuera a caer una tormenta. Tenía que apresurarme.

Y fue por las prisas por lo que se me enredó el cable y me di contra la pared.

Todo había quedado a oscuras, y yo, caído en mitad del pasillo. Pero mi abuelo ni siquiera vino a ayudarme. Prefirió seguir mirando cómo se escondía el sol en Bulgaria.

–¡Abuelo me he caído! –le dije agarrándome la frente dolorida–. Y creo que estoy sangrando. Mira a ver qué tengo aquí –le dije agachándome y enseñándole la frente.

–Lo que tienes es el diablo en el cuerpo, demonio de niño. Anda, ponte hielo. Y ahora aparta y déjame ver el eclipse de una vez.

Corrí al cuarto de baño y en el espejo vi que me estaba saliendo un bulto en la frente. Un bulto muy doloroso. Me asusté tanto que salí en seguida a sentarme junto a mi abuelo, que seguía ensimismado con el eclipse.

–Mira, abuelo, me está saliendo un cuerno.

–Es porque eres el demonio, criatura.

Y subió el volumen del televisor para no tener que oírme.